

PRÓLOGO

EL RUBBLE, SISTEMA OCUPADO POR EL COVENANT, 23 LIBRAE

Ignacio Delgado se escondió tras un mamparo junto a una serie de contenedores de carga, cuya pintura roja se desprendió del metal acanalado en el momento en que una descarga de plasma impactó contra él.

El metal mate tras el que se ocultaba refulgió... con diminutas gotitas fundidas chisporroteando al caer sobre la fría cubierta cerca de sus pies.

—¿Melko? —llamó por encima del acre crepitar.

La respuesta llegó tras una pausa preocupante:

—Sigo aquí.

Su copiloto consiguió colocarse tras el contenedor. Pero eso no cambiaba el problema con el que tenían que apechugar.

La bodega se extendía hacia lo alto por encima de ellos; el núcleo de un asteroide de un kilómetro y medio de longitud al que se había hecho girar lentamente hacia arriba para proporcionar gravedad y que habían ahuecado no hacía mucho. Delgado y Melko estaban de pie en la pared interior del cilindro rocoso. Las paredes de metal de la zona de carga se hundían en la roca, atestada de suministros de repuesto procedentes de otros asteroides.

Delgado sacó su pistola y presionó la empuñadura profusamente tallada y personalizada contra la mejilla. Su tío había

reemplazado la culata del arma por una muy rara de madera de roble allá en Madrigal, y creado una obra de arte a partir de aquella M6 reglamentaria.

Eso fue antes de que las fuerzas de Covenant hubiesen cristalizado Madrigal. Antes de que los humanos hubiesen huido a ponerse a salvo en los asteroides que llevaba consigo el gigante gaseoso Hesiod, que los Insurrectos que habían estado escondidos allí llamaban «el Rubble».

Delgado besó aquellas filigranas.

Disparando desde la esquina del mamparo, saltó a la seguridad del siguiente montón de contenedores.

Captó una fugaz visión de sus atacantes: extraterrestres desgarbados, altos, con aspecto de pájaro, que empuñaban pistolas de plasma con unas manos que parecían zarpas. Los ojillos redondos y brillantes de las criaturas lo miraron directamente.

Las crestas de espinosas plumas que crecían sobre sus cráneos se contrajeron. El sonido de disparos de plasma golpeó el otro lado del contenedor y reverberó a través de la bodega.

—Jackals —dijo Delgado con un estremecimiento.

Era como la mayoría de humanos llamaban a aquellos extraterrestres, aunque ellos se denominaban a sí mismos Kig-Yar. No eran más que una de las razas extraterrestres del denominado Covenant. Los que habían descubierto humanos ocultándose cerca de Hesiod en el Rubble tras la destrucción de Madrigal y, por algún motivo, escogieron no exterminarlos.

Eran criaturas tan ávidas de botín como sugería el apodo que les habían dado los humanos. En el Rubble no eran infrecuentes las incursiones de despiadada piratería por parte de bandidos Kig-Yar.

Melko Hollister se recostó en el viejo contenedor; su uniforme gris de reservista estaba salpicado de sangre.

—¿Cuántos?

—Tres.

Delgado miró a su viejo amigo con preocupación. Habían volado juntos abriéndose paso por los recovecos del Rubble y ayudado el uno al otro a regresar tambaleantes de juergas celebradas hasta altas horas de la noche durante años. Estaban tan unidos que la gente a menudo los tomaba por hermanos.

—¿Qué te ha pasado? Parece como si te hubieran atropellado.

—¿Crees que yo estoy mal? —Melko tosió—. Deberías ver al otro tipo.

Delgado mantuvo la espalda pegada al contenedor y la pistola apuntando al borde.

—¿Mataste a uno de ellos?

—Doblamos la esquina al mismo tiempo.

Melko retrocedió, arriesgándose a echar un vistazo por la esquina del otro lado del contenedor. Sostenía el revólver en la mano derecha mientras se sujetaba el estómago con la izquierda.

—Disparé la primera vez. Disparé la segunda. Y también la tercera.

—¿Y esa sangre?

—Uno de los otros Jackals hizo el cuarto disparo.

Delgado negó con la cabeza. Aquello estaba descontrolado. Introdujo la mano en el bolsillo y sacó el causante de todos los problemas que tenían: un chip diminuto, descansando en el centro de un estuche reforzado más pequeño que su pulgar.

La información que contenía jamás había sido tan especial, en la época en que el planeta Madrigal era una floreciente colonia exterior. Antes de que el Covenant lo destruyera y los supervivientes huyeran a las rocas a la deriva del Rubble. Antes de que el Mando Espacial de la Unión de Naciones los abandonara a todos. Y antes de que Delgado acabara aquí arriba.

La ubicación de la Tierra era algo conocido, enterrada en el corazón de toda nave que efectuaba los largos saltos de vuelta a las Colonias Interiores y de allí al mundo de origen.

—Toma. —Delgado entregó el chip a Melko.

En la actualidad, hasta donde todos sabían, aquel chip contenía los únicos mapas de navegación conocidos que podían llevar a alguien de vuelta. Todos los demás habían sido destruidos, erradicados mediante virus informáticos; o las naves en las que se encontraban misteriosamente inutilizadas y toda la información borrada por completo. Todo ello había sucedido aproximadamente durante la última semana.

Había cambiado las cosas de un modo radical en el Rubble.

Melko introdujo el óvalo negro en un bolsillo del pantalón.

—Los Jackals se están poniendo gallitos, tratando de entrar furtivamente aquí para conseguirlo.

Así era. Y a Delgado no le gustaba. Si bien los Kig-Yars que había en el Rubble habían sido relativamente pacíficos, e incluso habían trabajado para ayudar a construir los hábitats en los asteroides, muy en su interior, Delgado era incapaz de confiar en nada que perteneciera al Covenant. No tras ver los restos incandescentes de Madrigal desde la órbita del planeta cuando era un niño.

Lo de ahora no hacía más que confirmar una sospecha más profunda. El Covenant no tramaba nunca nada bueno, y la gente de Delgado probablemente estaba en peligro.

Así pues, para Delgado era importante impedirles el acceso a los datos de navegación a cualquier coste.

Evaluó la distancia hasta la cámara estanca desde su grupo de contenedores.

—Echa a correr, Melko, yo los contendré. Cuando estés a bordo del *Distancia*, vuela las esclusas y sal a toda velocidad, por si acaso hay una nave Jackal aguardando. Empieza a pedir ayuda en el momento en que salgas. —Sostuvo en alto la pistola tallada—. Yo y la *Señora Síes* los contendremos.

—No puedes... —empezó a decir Melko.

—Si intento correr a la nave detrás de ti, haré que todo sea más lento; les permitirá echar a correr, también. Como mínimo, esto los confundirá. Esperarán que los dos intentemos huir hasta la nave.

Esperó.

Melko agarró el brazo de Delgado.

—De acuerdo. Pero en cuanto oigas que me suelto y que los sistemas de emergencia de anulación de automatismo cierran las puertas, esfúmate de aquí y mantente alejado de los Jackals.

Los asteroides del Rubble estaban todos conectados entre sí por tubos flexibles de acoplamiento. Cuando el *Distancia* se hubiera marchado, Delgado planeaba utilizarlos para abandonar aquella zona de almacenamiento y penetrar en el enorme complejo de asteroides.

Había manchas de sangre en el antebrazo de Delgado.

—Eso no es problema.

El sonido de algo que gateaba en lo alto de uno de los contenedores hizo que Delgado alzara la vista.

—Creo que es la hora —dijo Melko, y le entregó su sencillo revólver—. Necesitarás potencia de fuego extra.

—Gracias. Eh, ... —repuso Delgado—, nos vemos en el otro lado. En tres... —y extendió tres dedos.

Tres... dos...

Al llegar al uno, Melko salió disparado al frente y se abrió paso entre el laberinto de contenedores que había entre él y la cámara estanca. Delgado lo siguió a toda prisa.

El Jackal situado en lo alto del contenedor se lanzó hacia ellos, concentrado en Melko. Miró abajo, descubrió a Delgado apuntándole, y alzó su arma curva para disparar.

Demasiado tarde. Delgado presionó el gatillo tres veces y el enorme extraterrestre con aspecto de pájaro chirrió al ser alcanzado por los disparos. Sangre de color morado formó una tenue nube en el aire, y al mismo tiempo que la criatura caía de bruces, un escudo oval de energía se encendió con un parpadeo en un brazaletes sujeto a su muñeca derecha.

Delgado había conseguido recorrer un pasillo hasta un hueco entre los contenedores.

Los otros dos Jackals doblarían la esquina en cualquier momento. Dejó caer al suelo el cargador vacío de su pistola con una sola mano mientras mantenía la de Melko apuntando al frente. Extrajo torpemente otro cargador del bolsillo con los dedos que todavía sujetaban a *Señora Síes*, desplazando el extremo hasta que encajó, y luego lo introdujo presionando con el pecho.

Mantuvo las dos armas alzadas, apuntando y listas, y cuando los Jackals doblaron la esquina, soltó una fulminante ráfaga de disparos. Los extraterrestres frenaron con un patinazo y volvieron a ocultarse tras el contenedor, pero no antes de devolver el fuego.

Cayeron salpicaduras de metal alrededor de Delgado, abrándole las costillas.

Pero mientras apretaba una mano sobre piel quemada, oyó el retumbo de una descompresión fulminante procedente del otro lado de los contenedores. El aire susurró, y luego pasó rugiendo por su lado al ser succionado al vacío más allá de la cámara estanca abierta que Melko había usado al largarse.

Los Jackals abandonaron la esquina a toda velocidad, con las patas de triple articulación dando bruscas sacudidas y con los campos ovales de energía llameando mientras se abalanzaban sobre Delgado.

Éste vació los cargadores inútilmente contra sus escudos transparentes de color violeta y se irguió con los dientes bien apretados cuando ellos los bajaron para apuntarle con sus pistolas de energía.

Una borrosa masa gris cayó de un grupo de contenedores amontonados de cuatro en cuatro tras los Jackals. Unas botas enormes golpearon el suelo de roca fundida, dejando grandes marcas en él a la vez que arrojaban al aire pedazos de piedra triturada.

Delgado contempló atónito como la imponente estatua gris con el casco de visor dorado disparaba al torso del Jackal más cercano una descarga de balas, a bocajarro. Luego lanzó violentamente arriba la culata del arma y la hundió en la larga mandíbula de dientes irregulares del otro Jackal cuando éste giraba para enfrentarse a la repentina amenaza.

La criatura voló hacia atrás, mientras la sangre de color morado salía disparada en un largo arco por encima de ella.

El cuerpo flácido del extraterrestre aterrizó a los pies de Delgado con un crujido, luego resbaló por delante de él y fue a estrellarse contra el contenedor que tenía detrás al mismo tiempo que una lluvia de sangre del Jackal regaba el suelo.

Un largo rastro de pegajosa humedad morada retrocedía hasta el alto soldado acorazado, de pie donde había estado la criatura. El blindaje de la armadura, desportillado, arañado y desgastado por el uso, se estremeció cuando se quitó el casco.

Era una mujer.

Ésta se pasó una mano cubierta por un guantelete por los tirantes cabellos recogidos hacia atrás mientras inspeccionaba su obra.

—Ahora que te he hecho un favor —dijo en una voz con un marcado acento eslavo—, supongo que me lo devolverás y me dirás adónde se dirige tu amigo en esa diminuta nave vuestra.

Delgado notó que algo pegajoso y húmedo se extendía por su costado, y lo palpó. Los dedos estaban rojos de su propia sangre. Negó con la cabeza y dio un traspié, luego se desplo-

mó. *Señora Síes* y el arma de Melko resbalaron por el suelo lejos de él cuando las soltó.

—Maldita sea.

La mujer avanzó pesadamente hasta él y se agachó a su lado. Desplegó un pequeño botiquín y sacó un bote de bioespuma y unos cuantos vendajes de campaña. Tenía unos ojos muy azules para ser una asesina tan eficiente, pensó Delgado.

—¿Qué diablos eres tú? —preguntó, mientras ella le desgarraba la camisa para rociar la espuma, que le escoció al mismo tiempo que sellaba la herida.

—Una Spartan.

Le rodeó el torso con esparadrapo para sujetar el vendaje.

—He oído rumores sobre Spartans. Pero imaginaba que si realmente existáis, ya os habríais ido todos a las Colonias Interiores, combatiendo al Covenant para el UNSC. ¿Qué haces aquí, tras las líneas enemigas?

Satisfecha con el trabajo médico de emergencia llevado a cabo, la Spartan se recostó hacia atrás.

—Algunos de nosotros tenemos misiones más estrambóticas.

Siempre corrían rumores sobre la presencia de soldados Spartans por allí, moviéndose a hurtadillas y causando problemas. Pero la gente también decía que eran los gremlins que estaban dentro de los equipos los culpables de causar problemas aleatorios e inesperados. Era difícil de creer. Los Spartans eran como los hombres del saco para los Insurrectos.

—Vais tras los datos de navegación, ¿eh? —intuyó Delgado, preguntándose si ésa era la razón de que estuvieran allí o si de algún modo los habían abandonado en el Rubble.

La imponente Spartan sonrió.

—Si los Jackals ponen las zarpas sobre ese chip, todo el mundo sufrirá.

Se inclinó al frente y colocó una pequeña insignia en la mano abierta de Delgado. El guantelete fue sorprendentemente cuidadoso y preciso mientras ella le cerraba los dedos con el dispositivo dentro.

—Si alguna vez queréis entregarlo, dispara esta baliza de señales, responderemos a la llamada. Desde luego lo protegeremos mejor de lo que lo estáis haciendo ahora.

Delgado negó con la cabeza. No confiaba en los Kig-Yars. Pero al UNSC tampoco se lo quería mucho por allí.

Ella suspiró.

—Una lástima.

Retrocedió rápidamente y recogió a *Señora Stes*. Le dio un par de vueltas para examinarla.

Delgado alzó la mano, y ella se lo devolvió.

—Bonita pieza.

—Mi tío le dedicó tres semanas de trabajo —respondió Delgado con un jadeo, pues el costado todavía le dolía.

—Tiene talento.

—Lo tenía.

La Spartan ladeó la cabeza, escuchando por su auricular.

—Tu equipo de apoyo ha llegado.

—Espera. —Delgado intentó ponerse en pie, pero renunció en cuanto se movió y sintió el dolor ascendiendo como una exhalación a través de él—. ¿Quién eres?

La Spartan se levantó, alzándose imponente por encima de él.

—Me llamo Adriana. Spartan Uno-Uno-Uno.

—Ignacio Delgado. —Volvió a alzar la mano—. Gracias.

Adriana estrechó con cuidado la mano que le ofrecía.

—No hay de qué, señor Delgado. Sólo recuerda esto. Yo no he estado aquí, y por supuesto no te he ayudado. No hay Spartans acechando en la oscuridad. ¿Entendido?

Ignacio no lo comprendía, en realidad. Se sentía bastante mareado. Pero asintió de todos modos. Parecía lo prudente, sentado en el suelo frente a aquel titán con su armadura.

Muy prudente.

—Bien pues, señor Delgado.

Adriana le soltó la mano y volvió a colocarse el casco. La voz que surgió de él sonó potente y ampliada.

—Adiós.

Saltó a lo alto del contenedor más cercano y luego se alejó pesadamente, dejando a Delgado aguardando a sus rescatadores.

PRIMERA PARTE

UNO

DESTRUCTOR ARMAGEDDON'S EDGE DEL UNSC, BORDES EXTERIORES, SISTEMA ECTANUS 45

De la oscuridad criogénica surgió una voz profunda, tajante, pero levemente divertida.

—¡Vamos, despierte, profesor!

Jacob Keyes se incorporó y dio su primera inhalación profunda. La estera de gel que tenía debajo se flexionó mientras él expectoraba un fluido con sabor a medicina dando boqueadas para conseguir una segunda inhalación de aire entre arcadas.

—Teniente —tosió Keyes, mientras los pulmones protestaban ante su insistencia por hablar antes de que ellos hubiesen tenido una oportunidad de vaciarse del todo—. Teniente Jacob Keyes.

En el aula era el instructor Keyes, pero ahora que volvía a estar embarcado quería que se le confiriera el rango correcto. Había trabajado duro para llegar hasta allí en los años anteriores a su asignación a la enseñanza debido a las heridas sufridas.

Estaba sentado en el interior de una cápsula alargada, una de muchas dispuestas en hilera. El resto de tripulantes del *Armageddon's Edge* empezaba justo en aquellos momentos a arrastrarse fuera de sus propias cápsulas.

Los miembros de la tripulación se ayudaban unos a otros,

bromeando mientras algunos expectoraban con violencia el fluido que habían respirado para proteger sus cuerpos del frío del sueño congelado. El oficial de guardia se puso en cuclillas junto a Keyes. Un delgado veterano de la Marina, Edgar Sykes era un hombre pálido de alrededor de cincuenta y cinco años, con cabello cano muy corto y ojos castaño oscuro que se entornaron divertidos ante la posibilidad de ponérselo un poco difícil a Keyes.

—¿Qué tal fue su cita con la esposa del almirante, teniente? ¿Hace mucho que no lo ponían en hielo?

Algunos de los otros miembros de la tripulación, ya de pie y vistiéndose, le dirigieron sonrisas burlonas. Keyes había estado en las aulas demasiado tiempo y no comprendió la broma.

—¿Perdón? —preguntó Keyes—. ¿La esposa del almirante? Sykes indicó la cápsula.

—¿Un lecho helado?

¡Oh!, pensó Keyes. Así era como la tripulación llamaba ahora a las cápsulas. Las habían llamado simplemente «congeladores» la última vez que él había embarcado.

—No es algo que uno olvide con facilidad —dijo con voz áspera, frotándose los brazos para entrar en calor.

La frialdad de la cápsula criogénica impregnaba hasta la última célula, pero incluso peor que el helor eran las viejas heridas de la época pasada en el *Meriwether Lewis*, que al despertar le recordaron que aún seguían ahí: la quemadura de plasma que había abierto un profundo boquete en el muslo, la mano hecha pedazos y luego reconstruida, que cerró con fuerza y volvió a abrir. Lo habían marginado, y puesto al frente de un grupo de suboficiales de ojos muy abiertos representando el papel de un sargento instructor.

Se desplazó con cuidado hasta el borde de la cápsula. Las heridas se habían curado bastante bien con el paso del tiempo. Lo suficiente para que en la actualidad fueran sólo un recuerdo vago, una punzada cuando se excedía un poquitín en el gimnasio. Pero el congelador pareció haberles hecho cobrar nueva vida.

Sykes alargó una mano para ayudarlo cuando advirtió el cuidadoso movimiento de Keyes, y éste lo miró fijamente.

—¿Me estás pidiendo para salir?

Eso provocó unas cuantas risitas entre la tripulación. Sykes asintió.

—De acuerdo, Keyes. Bienvenido a bordo del *Armageddon's Edge*. —Se volvió hacia la tripulación—. ¿Qué demonios estáis mirando todos vosotros?

Las miradas se apartaron de ellos a toda prisa mientras la tripulación reanudaba sus tareas, y el parloteo cesó.

Un bien planchado uniforme gris descansaba al lado de la cápsula de Keyes. Se lo puso, asegurándose de que llevaba prendidas las dobles barras plateadas que indicaban el rango de teniente.

Era una sensación agradable volver a vestir el uniforme, en especial en cubierta.

A medida que transcurría el tiempo desde que inició su servicio a bordo del *Meriwether Lewis* había tenido la impresión de que las posibilidades de volver a tener que ver con el puente de una nave estaban cada vez más lejos, y eso dolía.

Con todo, a los cuarenta, Keyes se aseguraba de levantarse temprano para correr dieciséis kilómetros, e iba a la sala de pesas al menos tres veces por semana. Le aterraba dejar de estar en forma.

Había aprendido, cuando habían abordado el *Meriwether Lewis*, que aquello le proporcionaba una ventaja: la de superar a sus alumnos en educación física, además de proporcionarle su respeto.

El servicio era el servicio. Si la Marina necesitaba que el teniente Jacob Keyes sirviera el siguiente par de décadas enseñando a navegantes cómo pilotar sus naves, entonces eso era lo que haría.

Todos tenían su puesto, su papel que desempeñar.

Con las fuerzas extraterrestres destruyendo un planeta tras otro, con gente dando la vida sólo para retrasarlos un poco, Keyes sentía que no había lugar para la autocompasión.

Reservaba aquellos momentos más sombríos para pensar en cosas como su hermana, allí fuera, en la colonia exterior de Dwarka. Preguntándose sobre su suerte desde el momento en que habían dejado de recibirse noticias de la colonia, que estaba demasiado lejos del UNSC para intentar siquiera defenderse.

Cuando recibió la orden de abandonar Luna, sólo dedicó

el tiempo a su hija, Miranda. La última vez que había recibido órdenes de embarcar con destino a alguna parte no tenía todavía una familia propia; no era más que un joven entusiasta. Ahora pareció como si tuviera que arrancarse de allí. Se había acostumbrado a recogerla cada día y llevarla de vuelta al pequeño apartamento de la base que compartían.

Le había dado un beso de despedida a Miranda y le había dicho que tendría que quedarse en la residencia de la escuela, igual que todos los demás niños con familia sirviendo fuera.

Era una buena niña de la Marina; la verdad es que se alegró al oír la noticia y le preguntó en qué nave iba a volar.

Alguien carraspeó detrás de Keyes. Se dio la vuelta y se encontró con un hombre que llevaba puesto el equipo completo de piloto, con el casco bajo un brazo. El piloto saludó.

—Buenos días, señor. Soy el suboficial Jeffries. Soy su transporte a tierra.

Keyes se inclinó al frente y dio unos tirones al desaliñado uniforme del piloto.

—Espero que no vuele con tanto descuido como viste.

Algunas naves, como el *Armageddon's Edge*, funcionaban un poco a su aire. Prerrogativa del capitán. Lo que importaba era el comportamiento en combate, y Keyes había oído que el *Edge* había regresado con dificultad a la Tierra, pero con orgullo, para una reparación total tras haber formado pareja con otra nave para acabar con un destructor del Covenant.

Sin embargo, Keyes sintió que no estaba de más llamar la atención sobre aquel punto.

—¿Señor?

—Si no es capaz de molestarse en abrocharse los botones, mantener la insignia en su sitio y seguir los procedimientos, ¿por qué tendría que sentirme a salvo subiendo a su pájaro?

—Señor, porque mi uniforme no tiene que dejar a soldados en zonas conflictivas, señor.

Keyes transigió un poco.

—De acuerdo, Jeffries. Veamos que tiene esperándome.

El suboficial Jeffries se aproximó a una nave de desembarco Pelican de color verde cubierta de marcas de combate colocada junto a otras dos en la estrecha plataforma de atraque del

Armageddon's Edge. Rayos de energía habían salpicado y estriado los laterales. Keyes siguió al piloto mientras éste pasaba por debajo de las altas alas posteriores y las barquillas del motor y ascendía por la rampa al interior.

Jeffries dejó atrás cinchas, compartimientos de almacenaje y los asientos que bordeaban las paredes para trepar a la cabina de mando.

—Puede sentarse detrás de mí, señor —indicó Jeffries—. No tiene que viajar ahí atrás. No quiero sentirme solo en este viaje. Hay espacio bajo sus pies para su petate.

La rampa crujió mientras se cerraba despacio, y la bodega de la nave de desembarco quedó a oscuras.

Una vez que se cerró con un chasquido metálico, Jeffries arrojó el casco a un lado.

—No es necesario encerrarse en el traje en este viaje rutinario y sin complicaciones. No vamos a entrar en combate precisamente hoy, ¿verdad?

«No», pensó Keyes, retrocediendo a los tiempos en que había entrado en combate. Desde luego que no iban a hacerlo. Combate quería decir hombres sujetos a sus asientos, hombro con hombro, en la parte trasera, mientras zigzagueabas y hacías descender un Pelican a través de ráfagas antiaéreas. Entonces tendrías las palmas sudorosas y la respiración sería pesada en el reducido espacio del propio casco. Combate era cuando la cabina de mando en la que estabas sentado olía a sangre... y a miedo.

Keyes volvió de golpe al presente cuando Jeffries movió interruptores y pulsó teclas en la consola que tenía delante para poner en marcha el Pelican. En el asiento del copiloto, Keyes lo observaba todo con atención. Jeffries llevó a cabo la comprobación de los sistemas con una rapidez apabullante que sólo podía ser producto de la práctica y la familiaridad. Había la foto de una morena con dos chicos sujeta con cinta adhesiva al lado de la ventanilla de la cabina. Keyes la señaló.

—¿Sus hijos?

—Sí, señor. ¿Tiene usted alguno?

—Una hija —respondió Keyes.

Los cuatro motores se pusieron en marcha con una sacudida que estremeció todo el almacén del Pelican.

—Gamma 54 a *Armageddon's Edge*, la comprobación previa al vuelo es verde, sistemas nominales, plan de vuelo archivado. ¿Permiso para volar? —Jeffries sonaba aburrido.

—Gamma 54, prepárese para la trampilla —llegó la despreocupada respuesta desde el puente.

Las puertas del muelle de la nave se abrieron para mostrar el planeta situado abajo. Nubes largas y finas cubrían las desconocidas formas continentales de color verde y marrón. Keyes no había tenido tiempo de estudiar gran cosa sobre su nuevo destino; había recibido sus órdenes a la hora del almuerzo y ya lo habían despachado al *Armageddon's Edge* y congelado en una cápsula criogénica para la hora de la cena.

—¿Qué es lo que lo trae desde un lugar tan lejano como Luna a contemplar los maravillosos cielos de Chi Rho, señor?

No había mucho espacio para que un Pelican se moviera por el muelle del *Armageddon's Edge*, pero Jeffries dio más potencia a los cuatro propulsores y el Pelican saltó hacia arriba y al frente; luego, con la misma brusquedad, dio la vuelta y se lanzó a través de las puertas del muelle.

Jeffries tenía la cabeza girada y lo miraba por encima del hombro mientras pilotaba, alardeando de que podía abandonar el muelle de la nave sin siquiera prestar atención. Keyes no dio al piloto la satisfacción de verlo estremecerse, pero lo cierto es que se sintió impresionado. La peligrosa proeza demostraba que Jeffries podía volar a ciegas. Y condenadamente bien, además.

—Órdenes, suboficial. Órdenes.

—Vamos adonde nos dicen, ¿no es cierto?

—Ya lo sabe.

Keyes echó una ojeada hacia arriba a través del cristal blindado, avistando brevemente la nave de tamaño mediano que lo había transportado desde su sistema natal. Una serie de cráteres acribillaban la superficie de la nave, y marcas de quemaduras entrecruzaban el morro en forma de punta de flecha. A pesar de las reparaciones, permanecían visibles las cicatrices del último encuentro del navío.

El *Armageddon's Edge* fue disminuyendo de tamaño a medida que Jeffries los hacía descender ruidosamente en un largo arco en dirección a la atmósfera. El Pelican dio sacudidas y se

estremeció al intensificarse el calor producido por la reentrada en la atmósfera. Franjas de refulgente rojo inundaron el aire.

—¿Sabe si hay puestos de instrucción para naves de patrulla aquí, Jeffries? —preguntó Keyes de repente.

Jeffries comprobó un monitor, y luego echó un vistazo por encima del hombro.

—¿Puestos de instrucción? ¿Aquí? Señor, Chi Rho es para reparaciones y para entrar en dique seco. Apoyo para la primera línea. No hay instrucción en este lugar. Todo lo que uno tiene que hacer es salir unos cuantos días y toparse con una patrulla Covenant de largo alcance... y obtendrás toda la instrucción que necesites.

—Eso pensaba. —Keyes miró fuera a través de la neblina roja.

Chi Rho era un mundo de las Colonias Interiores. No tan desarrollado ni tan grande como el planeta madre pero, sin embargo, el hogar de cientos de millones de personas en su continente primario y de superficie similar a la de la Tierra.

Pero Chi Rho era lo más cerca que Keyes había estado en bastante tiempo de aquella poco definida línea invisible donde los planetas pasaban de Colonias Interiores a Colonias Exteriores.

Con mundos desperdigados tan lejos unos de otros, y siendo los viajes una aventura larga y en ocasiones peligrosa, las noticias viajaban despacio, y la mayoría llegaban a través de canales del UNSC en los últimos tiempos. Todo ciudadano sabía que el Covenant estaba destruyendo poco a poco planetas humanos desde posiciones orbitales, mundo a mundo. Tan sólo el UNSC se interponía en su camino, peleando por cada ensangrentado centímetro.

E incluso los boletines oficiales del UNSC indicaban que la mayoría de colonias exteriores habían sido destruidas; cristalizadas con armas de energía de un poder increíble, como el UNSC no había visto nunca.

Día a día durante los últimos nueve años, desde los primeros contactos con los extraterrestres, la línea del frente se había trasladado más cerca de Chi Rho y del borde exterior de las Colonias Interiores.

Keyes sabía que no era en un lugar así donde uno adiestraba a pilotos novatos.

Pero sus órdenes, extrañas como eran, decían que tenía que dirigirse a Chi Rho a toda velocidad para unas maniobras de adiestramiento.

Incluso un veterano de la Marina que obedecía toda clase de órdenes como Keyes sabía que las órdenes eran un montón de mierda. Una tapadera para algo más.

Y ese algo más podría implicar el regreso a bordo de una nave, se encontró osando esperar Keyes. Tal vez incluso el recientemente recompuesto *Armageddon's Edge*.